

SER CREYENTE HOY

Prof. Juan de Dios Martín Velasco

Aula de Teología

25 de Febrero de 2014

XXX Curso de Teología

INTRODUCCIÓN

Tengo que comenzar agradeciendo la invitación a estar una vez más en esta Cátedra de la Universidad de Cantabria a la que he venido varias veces y siempre con sumo gusto.

De “la fe hoy”, a “ser creyente”. Razones para el cambio.

Como veréis he cambiado el título que figuraba en el programa: “Fe y hombre de hoy”, por el de “Ser creyente hoy”; el tema es el mismo, pero está enfocado de una manera diferente. Hablar de “la fe hoy” invitaría a hacer una lección de teología sistemática sobre la virtud teologal de la fe y enfocar el tema en esos términos lleva algunos inconvenientes que creo que es bueno evitar.

Habéis oído muchas veces que la fe -entendida como una virtud sobrenatural, infusa, como decían los tratados antiguos- es un don de Dios. Yo no dudo en absoluto que la iniciativa para creer la dé Dios, pero no me gusta hablar de la fe como don porque da la impresión de que Dios fuera arbitrario en sus dones y a unos les diera la fe y a otros no... Yo he oído disculparse a personas no creyentes, con las que he hablado: “disculpa, pero a mí no me ha sido dado el creer como parece que te ha sido dado a ti”.

Con estas expresiones se quería formular una verdad cierta, pero la expresión no era buena; suponía ignorar que Dios da los pasos para que seamos creyentes para todos los humanos. Dios otorga a todos los humanos la posibilidad de creer por el solo hecho de serlo, porque el origen de la fe es la presencia de Dios en el hombre y esa presencia es constitutiva de todos los seres humanos, no de unos pocos.

Por otra parte, hablar de la fe como don llevaba también a hablar de un don, precioso ciertamente, pero añadido al ser hombre; primero se es hombre y luego se es creyente o no se es, como si fuese algo accidental al ser del creyente, algo que perteneciera al orden del tener o del hacer. De hecho, muchas veces hablamos de “tengo fe” o “no la tengo...” “he perdido la fe” o “conservo la fe...” Parecería por tanto que la fe no afecta al ser mismo del ser humano, sino que es algo accidental añadido al sujeto.

La comprensión de la fe como virtud iba acompañada de una teología que la explicaba como una virtud que capacitaba la mente del hombre para la afirmación de verdades que exceden las posibilidades del conocimiento humano. Pero esto hacía suponer que lo que se creía, el objeto de la fe, era una serie de verdades reveladas por Dios; sin embargo, el objeto de la fe no son verdades reveladas por Dios, es mucho más, es Dios mismo. Creemos las verdades que Dios nos ha revelado, pero las creemos porque creemos en Dios.

Esto tenía un inconveniente serio, que era pensar que la Revelación consistía en la comunicación por parte de Dios al hombre de una serie de verdades, pero, como dijo con

toda claridad el Vaticano II en la *Constitución sobre la Revelación*, la Revelación no consiste en que Dios nos comunique unas verdades; consiste en que Dios se nos comunique él mismo. En la fe Dios se nos da y, naturalmente, a un Dios que se nos da no se responde afirmando las verdades que nos comunica, sino que solo se responde aceptando a ese Dios que se nos da con la entrega de nosotros mismos.

Por otra parte, si os fijáis, en la carta de Santiago hay una expresión que descalifica por completo esa manera de entender la fe: *Crees que Dios es uno; también los demonios lo creen y se estremecen*. Quiere decir que no somos cristianos porque creamos que Dios es creador de todas las cosas, o porque creamos que Jesucristo es el Hijo de Dios; somos cristianos porque creemos en el Dios que se nos revela en Jesucristo y, naturalmente, porque lo creemos, afirmamos después las verdades relativas a Dios y a Jesucristo.

Por tanto, tenemos que sentar la fe en una actitud que afecta al hombre todo pero, antes de entrar en la descripción de esta actitud, hemos de pensar cuál es el contexto en el que nosotros la ejercemos porque, realmente, esas circunstancias en las que vivimos nuestra condición de creyentes influyen considerablemente, lo sepamos o no, en el ejercicio de esa condición por nuestra parte. Y la verdad es que, cuando uno está condicionado por algo, siempre es mucho mejor conocerlo a que influya sobre nosotros sin tener conciencia de esas influencias.

Pero hay algo más; hoy somos conscientes de que las circunstancias en las que vivimos no son ajenas al mundo de nuestro ser creyente. Sabemos que Dios nos habla en la Escritura, en la naturaleza pero sabemos también que Dios ha hablado al pueblo de Israel a lo largo de toda su historia, en la salida de Egipto, en el exilio... y la comunicación de Dios a través de los hechos históricos no se detuvo ahí; nos siguió hablando en la aparición de Jesús, rostro de Dios para nosotros, y nos sigue hablando a través de los acontecimientos de la historia. Por eso es bueno conocer esos acontecimientos y además preguntarnos ¿qué querrá decirnos Dios en estos acontecimientos que estamos viviendo? Sobre todo, si los acontecimientos son hostiles o, al menos, difíciles para poder vivir la fe.

1. LA SITUACIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA DE NUESTRO TIEMPO:

Cuando hablo de esto me gusta recordar el texto del Apocalipsis correspondiente al ángel que habla con la Iglesia de Laodicea en estos términos: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguien me escucha entraré y cenaré con él*. Me da la impresión de que se trata de una imagen preciosa en la que se nos presenta Dios hablando, en la situación en la que estamos, a través de los acontecimientos. Pero además, si os fijáis, la misma realidad que parece separarnos de Dios –la puerta- es la realidad en la que resuena la llamada de Dios. Las mismas circunstancias que nos parecen dificultar la fe o hacerla imposible, si las miramos con un poco de atención, vemos que son circunstancias que están requiriendo de nosotros la respuesta de la fe. Son otras tantas interpelaciones a nuestra condición de creyentes. Dios así las cosas, nos hace fijarnos en que la situación es una de las maneras que tenemos para estimular nuestra condición de creyentes.

Como no podemos detenernos en el tiempo de que disponemos, a describir con mínimo detalle la situación socio-religiosa; me limitaré a tratar algún detalle tan solo.

a. La crisis religiosa, signo de los tiempos para los cristianos.

Es indudable que vivimos en una situación de grave crisis religiosa, sobre todo en los países occidentales, europeos de tradición cristiana. Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de crisis religiosa?

Lo más visible de la crisis es el descenso de todas las prácticas religiosas, el deterioro de las creencias y la pérdida de credibilidad de la Institución. Son los aspectos más visibles pero no los más importantes de la situación religiosa.

Todos estamos de acuerdo en que, lo más grave de la crisis –aun siendo esto importante– no está ahí sino que, por debajo de todo eso hay una verdadera “crisis de Dios” –como vienen diciendo algunos teólogos desde hace algún tiempo– lo que significa sobre todo “crisis de la fe en Dios”. Señalo algunos indicios:

De todos ellos, el más importante es el crecimiento permanente de las personas que se declaran “no creyentes”, como ocurre ya en bastantes países europeos donde el cristianismo, comienza a ser minoritario. Entre los jóvenes españoles que representan las distintas maneras de no creencia, ya sumaban en una de las últimas encuestas más del 40%.

Más importante que esto: no es solo que haya muchos “no creyentes” sino que la increencia va tomando formas cada vez más radicales. Hasta el Concilio Vaticano II, hablábamos generalmente de ateísmo más que de increencia; después del Vaticano II empezamos a hablar de increencia.

El ateísmo es una forma teórica de plantear el problema de Dios; pertenece a un sistema de pensamiento que es explicar el mundo sin recurrir a Dios. Todo eso sucede en el terreno de las ideas que no es el que más influye en la vida de las personas.

La increencia no es una idea sobre Dios o sobre no Dios, sino que es una actitud fundamental de ignorancia o de rechazo de Dios en nuestra vida, y eso afecta más profundamente a las personas que los simples pensamientos sobre Dios.

Pero además, se viene observando desde hace algún tiempo que la increencia recibe, como forma más importante, la indiferencia religiosa; la indiferencia, que algunas veces la hemos pensado como una especie de situación intermedia entre la fe y no fe, hoy sabemos que es la forma más radical de increencia porque es aquella situación en la que el sujeto no tiene ya aprecio por lo religioso, no se ve motivado para ello, no le presta atención y, al final, no tiene sentido para lo religioso, de tal manera que lo religioso no le afecta ya de forma alguna. Un sociólogo de la religión, Max Weber, decía de sí mismo que él, religiosamente hablando, “no tenía oído para lo religioso”. Es una de las mejores definiciones de la indiferencia porque, cuando no se tiene oído no se saben distinguir los ruidos de la música.

En Europa la indiferencia está tomando características tan radicales que en algunos sitios se han preguntado si no estaría apareciendo ahora, por primera vez en la historia, el “homo a-religiosus”, el hombre no religioso, por no tener la menor sensibilidad para ello.

Sin embargo, me parece que no es esto lo más grave de la situación en la que estamos. Se dice, me parece que con razón, que la crisis de Dios está comenzando a afectar a los propios miembros de las Iglesias en Europa. No me atrevería a decirlo si no se lo hubiese oído al Papa Benedicto XVI en el último viaje a Alemania, hablando a Instituciones católicas les dijo que el problema actual es sobre todo “la anemia, la debilidad, de la fe de los creyentes”, en definitiva, “la crisis de Dios de los creyentes”.

Como a mí esto me parece real, me gustaría comenzar nuestra reflexión de esta tarde sobre la fe, invitándoos a preguntarnos si nosotros somos verdaderamente creyentes.

b. ¿Somos verdaderamente creyentes?

Esta pregunta puede pareceros una ofensa, pero yo me lo pregunto cada día, porque, puede que estemos diciendo que lo somos desde formas de entender la fe que apenas comprometen a nadie. Si entendemos por fe, “creer lo que no vimos”, o decir que sí a las verdades del credo, -lo decimos convencidos todos cuando recitamos el credo en la misa dominical-, si la fe consiste en eso, difícilmente podemos decir que no somos creyentes. Pero ¿consiste en eso la fe?

Sabemos que no; ser creyentes, con criterios evangélicos, es poder escuchar convencidamente el Sermón de la Montaña y escuchar en él, por ejemplo, *No os preocupéis, no os obsesionéis por el mañana, qué habéis de comer o con qué os habéis de vestir... De eso se preocupan los paganos; Dios sabe que tenéis necesidad de eso. ¿Vivimos nosotros en una actitud de confianza como ésta? Más: ser creyente, cristianamente hablando, es cumplir el mandamiento central: Amar a Dios sobre todas las cosas, amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda las fuerzas... ¿Podemos decir que lo hacemos? Podíamos seguir así y, ahondando un poco en esta manera de pensar las cosas, a lo mejor llegamos a descubrir que tal vez no seamos tan creyentes como decimos y convendría que pensásemos en qué medida lo somos.*

Me llama mucho la atención un texto de uno de los grandes teólogos del siglo pasado, el Padre Henry de Lubac, que decía: *Una fe puede debilitarse, tender a cero, incluso sin haber sido sacudida por la duda, vaciándose, exteriorizándose, pasando gradualmente de la vida al mero compromiso; puede incluso endurecerse y tomar la apariencia de la fe más robusta porque la corteza se ha endurecido, pero en un tronco que se ha quedado vacío.* Esto puede suceder sin que apenas nos demos cuenta.

No nos asustemos porque... ¿creían los discípulos en el Señor? Los llamó, le siguieron con toda decisión, dejándolo todo, el padre, las redes... Pero cuando Jesús se pone a hablar del “pan de vida”, este discurso les resulta muy duro y algunos lo quieren abandonar. Pedro le dice: *Señor, tú tienes palabras de vida eterna*, y también contesta a la pregunta de Jesús, *¿Quién decís que soy yo?*, diciendo: *Tú eres el Hijo de Dios vivo...* pero cuando Jesús comienza a hablar de la pasión, le dice *Eso no te puede ocurrir...* Pedro no era creyente. Y los hijos de Zebedeo van discutiendo y piden ser el primero y el segundo, sentarse a la derecha y a la izquierda... pero cuando llega la pasión, abandonan al Señor... Tuvo que pasar la cruz y la resurrección del Señor, y que el Resucitado saliese al paso de los discípulos, uno tras otro, y que ellos, siempre animados por el Espíritu, le reconociesen diciendo *Es el Señor*, para que fueran de verdad creyentes.

Ahora bien, ¿nosotros hemos pasado por una experiencia así? No hablo de una experiencia espectacular, una “caída del caballo” como la que se pinta de San Pablo al entrar en Damasco, sino que pregunto: ¿hemos hecho una experiencia del Señor? Y ¿cómo la hemos hecho, si es que la hemos hecho? Por eso, es bueno que dejemos aquí, como trasfondo, la pregunta sobre si de verdad somos creyentes. En mi opinión, no se es creyente si no se hace la experiencia de la fe. ¿La hemos hecho?

A veces, en esto hay unas visiones de la realidad que distorsionan la situación. ¿Recordáis la expresión del Resucitado a Tomás? *Tomás, porque me has visto has creído. Bienaventurados los que sin ver crean.* Esto, mal entendido, ha llevado durante mucho tiempo a pensar que había dos tipos de creyentes: los que han visto, como Tomás, los discípulos, Elías, Moisés... y los que, no habiendo visto, no podíamos hacer más que creer.

Nos parecía que había dos caminos alternativos para ir a Dios: uno que era verle, hacer la experiencia, y otro que, sin experiencia, creíamos lo que otros nos han dicho; y como entendíamos que la fe era eso, podíamos sentirnos como creyentes sin haber hecho la experiencia de la fe. Hoy sabemos que no es así; que la fe está reclamando, exige la experiencia.

El Padre de Lubac dice: *La fe tiene vocación de experiencia*. Se puede comenzar a creer poco a poco pero, cuando se cree de verdad, termina por hacerse la experiencia de la fe. Otro autor, éste alemán, decía: *La fe necesita experiencia*.

2. QUÉ SIGNIFICA CREER.

Para que podamos aclarar un poco cómo proceder hacia la experiencia de la fe, necesitamos preguntarnos, naturalmente, ¿qué es creer?

El verbo creer lo podemos conjugar de tres formas distintas:

- Primero, “*creer, que*”: Yo creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Por supuesto, forma parte de la fe, porque las creencias forman parte de la fe. Pero no es lo central.
- Una segunda forma de conjugar el verbo, “*creer a*”: Yo creo a tal persona porque le doy crédito y gracias a ese crédito acepto lo que me dice, lo que me promete, etc. Aquí el término de lo que se cree ya no son verdades, sino que es una persona; pero la relación con esa persona es débil, genera cierta confianza.
- Hay una tercera forma de conjugar el verbo creer, que es: “*creer en*”: Aquí ya estamos en una situación diferente; decirle a una persona “yo creo en ti” es decirle que tiene toda nuestra confianza. Y, si apuramos el significado de “creer en”, posiblemente no podríamos decir eso a nadie de nuestra misma condición; no podemos poner toda la confianza en una persona porque sabemos que nos puede fallar, por culpa suya o sin culpa suya... es frágil y mortal como nosotros... “Creer en”, en sentido pleno, solo se puede referir a Dios.

Cuando hablamos de “creer cristianamente” nos referimos a esta tercera forma de conjugación de verbo. Pero, para saber qué significa la fe cristiana, “creer en Dios”, es indispensable saber qué significa Dios porque si no, no sabemos en qué consiste la relación que nos une con él. Eso nos lleva a que necesitemos un pequeño momento de meditación sobre lo que significa la palabra Dios. No sé si lo habéis hecho muchas veces pero es frecuente que pasemos por la palabra Dios como sobre ascuas, sin detenernos en ella. No tenemos tiempo de madurar un poco lo que supondría una meditación seria sobre lo que significa Dios pero, hubo un libro sobre los años 50 del siglo pasado, que se llamaba *El eclipse de Dios* de un gran escritor y creyente judío, Martin Buber, gran filósofo además, que comienza con la conversación que mantiene con alguien al recibir las pruebas de imprenta de uno de sus libros en cuyo prólogo se repetía muchas veces la palabra Dios; el amigo a quien se lo lee le escuchó atentamente y le dijo:

“¿Cómo puedes seguir utilizando esta palabra para referirte a lo más valioso, a lo más digno, a lo más importante? ¿No te das cuenta de lo cargada de miseria que soporta la palabra “Dios”, porque los hombres, a lo largo de nuestra historia hemos cometido mil crímenes e injusticias en nombre de Dios?” Recordaba, sin duda, las Cruzadas; “Dios lo quiere”, decían los cruzados, y cometieron atrocidades, y hoy día, musulmanes fanáticos dicen “Alá es el más grande” y en su nombre se sacrifican muchas personas. Es verdad que

todos esos crímenes que se han cometido en su nombre, pesan sobre la palabra “Dios”. Y por eso le proponía no utilizar esa palabra durante mucho tiempo, a ver si así se regeneraba.

Martin Buber se subleva contra eso: *“no podemos guardar silencio sobre Dios porque si lo hacemos no podemos vivir dignamente nuestra vida humana. Es verdad que es una palabra mancillada por la historia humana, pero también es la palabra con la que los hombres se han dirigido siempre como recurso último cuando han llamado a las puertas del cielo. Es la palabra que han utilizado cuando intentan evitar los infiernos de su vida. Si prescindimos de esta palabra, en buena medida vamos a prescindir de lo mejor de nosotros mismos. Hay que seguir utilizándola, pero habrá que hacerlo en sentido verdadero”*

¿Dónde acudimos para cargar de sentido la palabra Dios? Sin duda a las religiones, que es el hogar donde ha nacido, el suelo donde ha crecido esta palabra. Muchas veces en mis clases de filosofía de la religión, he preguntado qué significaba Dios para los que me estaban escuchando y me respondían con una definición muy docta pero que parecía que estaba hecha sobre la base de la filosofía: El “Ser Supremo”, “la primera de las causas...” Si se tiene la paciencia de comparar lo que dicen las distintas religiones cuando, cada una en su lengua dice “Dios”, creo que podríamos decir que, fundamentalmente dicen tres cosas:

- Cuando hablan de Dios los sujetos religiosos, se refieren a una realidad absolutamente trascendente al hombre; no es una realidad mundana, no pertenece al mundo; está fuera del mundo y del alcance del ser del hombre. Esto lo dicen los sujetos religiosos no como acabo de decirlo yo, sino en términos como “Dios es el invisible”, “el totalmente Otro”, “Dios mora en los cielos...” que es una forma de decir que no es un ser del mundo como nosotros. Todas las religiones coinciden en esto. Recordad el evangelio de San Juan: *A Dios no le ha visto nadie jamás, Dios habita una luz inaccesible*. No sabemos cómo es Dios y lo que decimos en estos términos lo repiten todos los sujetos religiosos.

- ¿Quiere decir esto que Dios es un ser que está alejadísimo del mundo, del hombre y de su vida? En absoluto, porque precisamente por ser una realidad por encima de todo lo que existe, la realidad absolutamente trascendente, los sujetos religiosos dicen a la vez que ese ser absolutamente trascendente está presente en todo lo que existe y en el corazón del ser humano. San Agustín lo dijo de una manera preciosa, hablando de Dios en el libro de Las Confesiones: *Dios es más elevado que lo más alto de mí mismo*. Y añade: *Más íntimo a mí que mi propia intimidad*. Así lo piensan todas las religiones. Así lo piensa el cristianismo; acabamos de decir que *a Dios no le ha visto nadie jamás* y San Pablo, en un discurso que se narra en el Libro de los Hechos dice: *En Él vivimos, nos movemos y existimos*. No es que Dios esté dentro de nosotros, es que nosotros vivimos en Dios y gracias a él vivimos de la forma en que lo podemos hacer. Trascendencia en lo más íntimo de nosotros mismos,

- Hay un tercer rasgo que no podemos olvidar. ¿Qué tipo de ser es éste que es absolutamente trascendente y, al mismo tiempo, está más cercano a nosotros que nuestro propio corazón. Es realmente difícil encontrar una palabra que sirva porque si yo digo que “Dios es un ente” y luego pongo todos los adjetivos, “supremo”, “poderosísimo”, “inmenso”, “eterno”... desde el momento en que he dicho que es un “ente” me he puesto en un mal camino porque, si es un ente, algo que existe, está en el conjunto de los seres, Dios está en el conjunto de la realidad que yo defino; no sería trascendente. ¿Qué palabra utilizar? Después de mucho pensar y leer muchos textos religiosos, yo creo que podemos utilizar una palabra que no compromete la trascendencia de Dios. Podríamos decir que Dios es “la Presencia” de la absoluta trascendencia en lo más íntimo de nosotros.

“Presencia” no designa un ser sino que designa una modalidad de ser; una modalidad que solo se da en circunstancias muy precisas. Las cosas no nos están presentes, son objeto de nuestra visión o de nuestra manipulación. Una persona puede estar presente, pero lo está solo en determinadas circunstancias; cuando viajo en el Metro, en hora punta... no puedo ir más apretujado con las personas, pero no estamos presentes los unos a los otros por muy cerca que estemos; sin embargo, una persona a miles de kilómetros de distancia me puede estar presente. La presencia significa “ser en relación”, “ser en acto de comunicación”, “ser en acto de autodonación”, que facilita que aquel a quien nos comunicamos, a quien nos autodonamos, se done también a nosotros, originando una forma de relación enteramente nueva.

A algo así nos referimos cuando hablamos de Dios, aunque tenemos que decir que esa Presencia es, desde luego, diferente a la de los sujetos humanos, porque tiene una serie de datos que no se dan en éstos.

a. El Dios en quien creemos: Misterio santo: *Presencia de la más absoluta trascendencia en el fondo de lo real y en lo más íntimo del sujeto.*

Solo me voy a referir a un texto, de alguien que ha tenido una relación muy íntima con Dios, en el que me parece que podemos percibir algo de lo que significa la palabra “Presencia”. Os recuerdo las once primeras estrofas del “Cántico Espiritual” de San Juan de la Cruz. ¿Cuál es el comienzo de la relación con Dios?

Un sentimiento de ausencia: *¿Adónde te escondiste, / amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti, clamando, y eras ido.* Se le echa de menos, no se le percibe, no se le ve, no se le imagina... Solo el dolor, el gemido, de una ausencia padecida. Pero esa ausencia es signo de una Presencia eficacísima, porque produce todos esos efectos en el sujeto que la padece.

Esa ausencia provoca una búsqueda: *Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras.*

Después, San Juan de la Cruz dice que el alma tiene que acudir a medianeros: *¡Oh bosques y espesuras, / plantadas por la mano del amado! ¡Oh prado de verduras, / de flores esmaltado, / decid si por vosotros ha pasado! O bien: Pastores, los que fuerdes / allá, por las majadas, al otero, / si por ventura vierdes / aquél que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero.*

Y, tras toda esta búsqueda, el místico introduce dos estrofas en las que termina clamando por la Presencia: *Apaga mis enojos, / pues que ninguno basta a deshacellos, / y véante mis ojos, / pues eres lumbre dellos, / y sólo para ti quiero tenellos.* (Estrofa 10) Y la estrofa 11, que se añade en el cántico b): *Descubre tu Presencia / y máteme tu vista y hermosura / mira que la dolencia / de amor que no se cura / sino por la Presencia y la figura.*

¿Cómo se le va a hacer efectiva esa Presencia?

Hay una estrofa clave en el “Cántico Espiritual”, y termina en estos términos: *¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados, / formases de repente / los ojos deseados, / que tengo en mis entrañas dibujados!*

La “cristalina fuente” es la fe; los “semblantes plateados” son las proposiciones de fe; Y lo que pide el místico: “Oh, si pudieses reflejar, en las proposiciones, los ojos deseados que tengo en mis entrañas dibujados” Los “ojos deseados” no son algo que nosotros veamos,

sino la Presencia de Dios que nos mira a nosotros; es Dios presente que se nos da a conocer a nosotros a través de todas las otras realidades.

A algo así nos referimos nosotros cuando hablamos de Dios como “la Presencia de la más absoluta trascendencia en lo más íntimo de las personas”. Solo que se trata de una Presencia enteramente original; no es como la presencia del amigo, del amado, del hermano... se trata de una Presencia enteramente original. Lo solemos expresar de dos modos:

- En primer lugar decimos que es una “Presencia originante”, es decir, la Presencia gracias a la cual nosotros existimos como sujetos; es la Presencia de la cual procedemos. Recordamos de nuevo a San Pablo: *En Él vivimos, nos movemos y existimos*. Cuando hablamos de “la creación del hombre por Dios”, no es que nos haya hecho al principio y nos haya puesto en marcha, sino que está constantemente dándonos el ser, haciéndonos existir; estamos surgiendo permanentemente de esa Presencia de Dios en nosotros.

- Al ser una “Presencia originante”, es una “Presencia que no es objetiva”, es decir, que no se deja percibir por nosotros como se dejan percibir las realidades mundanas. No se deja ver, no se deja imaginar, no se deja pensar... Imaginaos a Dios durante un segundo; en cuanto os habéis formado la imagen, veréis como tenéis que decir: “no es eso”, “no es eso...” Al buscar una definición de Dios, en cuanto la hayáis obtenido, tendréis que decir: “no es eso”, “no es eso...” San Agustín decía: *¿has entendido lo que dices cuando dices “Dios”, pues eso no es Dios, porque Dios supera con mucho nuestra capacidad de comprensión*. Dios supera nuestros conceptos; no nos podemos hacer una idea o una imagen de Dios.

Habitados por esta Presencia de Dios en nosotros, los humanos tenemos que vivir la relación con Él y no podemos vivirla sin algún apoyo, porque somos humanos, es decir, corporales, mundanos. El recurso que tenemos es formarnos una idea o una imagen de Dios; así hemos procedido a lo largo de toda la historia, pero no pensemos que la idea contiene lo que Dios es; la idea es el recurso que nosotros tenemos para hacernos cargo de esa Presencia que, de todas formas, nos excede. La imagen no representa a Dios sino que es el apoyo que yo tengo que tener para seguir teniendo y manteniendo la relación con Él.

Así es como han surgido todas las religiones de la historia. Los hombres religiosos, habitados todos por la Presencia de Dios, han ido ideando nombres, ideas, imágenes para Dios; pero todo esto, que es la sustancia de las religiones, no son ideas que representen a Dios o imágenes que nos lo hagan presente, sino que son los recursos humanos para nombrar esa Presencia inenunciable que llevamos nosotros; para poder entrar en relación con una Presencia que es “originante” pero que no se deja ver como se dejan ver las otras presencias.

Esto ya tiene una importancia grande; si Dios es Presencia “originante”, en la relación con Dios estamos ante una relación enteramente original a todas las otras relaciones que podamos entablar con las realidades del mundo, en las cuales yo, sujeto, entablo relación de dominio, de conocimiento, de explotación... En la relación con Dios, Dios es previo a mí, Dios está antes que yo, y por eso, el conocimiento de Dios no es captarlo, como las cosas del mundo, sino reconocer esa Presencia que está en nosotros.

b. El Dios de los cristianos

Los cristianos lo somos porque, habitados por esa Presencia de Dios en nosotros, la hemos visto reflejada en la Escritura, en el Antiguo Testamento y después en la persona de Jesús, “el rostro de Dios vuelto hacia nosotros”, “imagen de Dios invisible”, como dice San

Pablo, y también en todas las tradiciones que han surgido a partir de ahí. Las imágenes de Dios son indispensables, sin ellas no podríamos entrar en relación con Él, pero esas imágenes no son Dios mismo; las imágenes son cosa nuestra.

En el caso de Jesús tenemos la representación más elevada de esa Presencia que es Dios y, fijaos que se nos ha hecho presente de una forma enteramente original y no poco paradójica porque, cuando nosotros nos ponemos a pensar en Dios, es muy frecuente que tendamos a pensarle como lo más grande, lo inmenso, lo más poderoso... y Dios se hace presente en un niño en Belén; lo que ven los pastores es un niño y a su madre, donde Dios se les ha hecho presente. Y, más grave, vamos a ver a Dios en la cruz de Cristo y en su resurrección, que es la revelación de Dios, porque en Jesús Dios se nos hace presente, no bajo la forma del poder, sino bajo la forma del amor que se entrega a nosotros. Es en ese amor donde Dios se revela de la forma más plena.

En este Dios es en el que decimos creer los cristianos.

3. EL CAMINO DE CREER:

a. Preámbulos existenciales: *El paso decisivo: la conversión.*

En la fe entramos en relación desde lo mejor, desde la totalidad de nosotros mismos y, por desgracia, no siempre vivimos a la altura de lo que somos, de lo que estamos llamados a ser. Figuraos una persona que vive perfectamente distraída, divertida... Esa persona que vive en la superficie de sí misma es imposible que se encuentre con Dios, porque el encuentro con Dios se produce, como decía San Juan de la Cruz, *del alma en el más profundo centro*. Si resulta que no llegamos al centro de nosotros mismos, es imposible que lleguemos a Él. O bien una persona que se instale en el nivel de la posesión y que crea que ser consiste en poseer... Naturalmente que una persona así instalada, que confunde el ser con el poseer, no llegará nunca a Dios porque Dios es imposible para el hombre. O pensad en una persona que no cultiva su libertad sino que está atado a adicciones de todo tipo -no solo hay adicción a la droga y al alcohol-... Esa persona que no es libre, que está trabada por mil adicciones, es imposible que ejercite ese acto supremo de libertad que es reconocer la Presencia de Dios en ella. Necesitamos desarrollar todo esto porque, con frecuencia, es una falta de infraestructura espiritual lo que nos impide ser creyentes; una falta de infraestructura que puede ser cualquier de esas cosas que acabo de decir u otras muchas que nos podemos inventar.

Pero, supongamos que ya somos nosotros mismos, que vivimos con plena libertad, que somos plenamente conscientes, que llegamos al fondo de nosotros mismos... en ese momento decisivo podemos aceptar la presencia que se nos ofrece, ignorarla o rechazarla... Y la fe es ese paso por el que aceptamos la Presencia de Dios en nosotros. A eso lo llamamos con otro nombre: conversión cristiana, que es justamente el paso decisivo de la fe. Vamos a ver en qué consiste la conversión para que veamos en qué consiste creer.

La conversión es un hecho que es designado en el Nuevo Testamento con dos términos griegos que nos sirven para completar lo que significa el hecho de la conversión:

- Por una parte, la palabra *epistrophe*, cambiar de rumbo. Y, ciertamente, para ser creyente hay que cambiar de rumbo, hay que cambiar la orientación de la vida. ¿Cambiarla cómo? ¿De dónde a dónde?

Yo diría que todos tenemos una especie de fuerza de gravedad que nos lleva a afirmarnos a nosotros como el centro de nosotros mismos y de todo; al que más y al que menos le gustaría ser “la medida de todas las cosas” y que todo girase en torno a él; desgraciadamente todos tenemos esta tendencia. Naturalmente, mientras estemos en esa orientación, será imposible que nos encontremos con Dios que, si es algo, es el centro de nuestro propio ser, el centro de nuestro propio centro. Por eso es indispensable un cambio de rumbo.

- Además del cambio de rumbo es indispensable un cambio de la mente. La segunda palabra para la conversión es *metanoia*, cambio de mente, cambio de corazón, cambio de sentimientos... Si desarrollásemos todo esto creo que dábamos a lo que significa creer en Dios un contenido muy rico.

Cambio de mente, cambiar la forma de pensar; por ejemplo de la forma de pensar que no ve más allá de lo visible, lo práctico, lo útil... de la que piensa atrapando las cosas, dominando y piensa en convertir el pensamiento en un instrumento de poder... de la forma de pensar que se mantiene en el nivel de lo puramente teórico, de las ideas, de tener un reflejo de la realidad... cambiar a un pensamiento en el que el hombre se abra más allá de lo visible, más allá de lo práctico y lo útil... cambiar a una forma de pensar que no cree poseer la verdad que conoce... cambiar a una forma de pensar que se deja iluminar por las zonas ocultas y misteriosas de la realidad...

Pero el cambio de pensamiento no nos llevaría muy lejos si no cambiásemos a la vez de corazón; el cambio de corazón es tanto como cambio del interior de nosotros mismos. Por ejemplo, recordáis al profeta: *Os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne*. Hay corazones de piedra, insensibles a lo que no sea uno mismo, insensibles al sufrimiento de los demás... Si el corazón no cambia y se hace sensible a los demás, difícilmente podrá dar el paso hacia Dios. O el corazón cerrado sobre sí mismo, o el corazón dividido –como dice la Escritura- que está en una cosa y en otra, que se dispersa en mil cosas... Para entrar en relación con Dios se necesita un corazón unificado, sereno.

Más allá del cambio de corazón, la conversión significa también cambio de entrañas, cambio de los sentimientos; de la indiferencia ante los otros, del desentenderse de los prójimos, de los sentimientos negros, puramente melancólicos, desencantados, de los sentimientos a merced de los deseos... hay que pasar a los deseos de la atención al otro, de la misericordia, de la apertura a todos...

b. Creer produce una nueva forma de existencia y nuevas formas de vida: de vivir centrado en sí mismo, a vivir centrado en Dios, para los demás.

El cambio a que nos referimos cuando hablamos de conversión es un cambio profundo, radical. Al final lo que cambia es nuestra manera de existir como personas. En lugar de existir siendo nosotros el centro de todo y haciendo girar todo en torno a nosotros, damos el paso de poner nuestro ser ante la Presencia de Dios y en la confianza, entregándonoselo a Dios. Como veis, se trata de un cambio tan radical que lo que cambia ya no son los hábitos, las costumbres, las acciones... sino que cambia la forma misma de la existencia. Se produce todo un vuelco en la vida de la persona que le hace trasladar el centro de la realidad, situado hasta ese momento en sí mismo, a esa Presencia que invoca como su Dios. Cuando el sujeto abre a esa Presencia, reconocida como Dios, la puerta de su libertad, Dios se hace el Señor de la vida, pasa a ser el centro de la vida. Un buen conocedor de la teología y de la

espiritualidad cristiana dice que *la conversión consiste, al final, en una expropiación de sí mismo*. Es dejar de ser tú el dueño de tu propia vida y ponerla en manos de Dios, a través de la más completa confianza.

Cuando creer lo entendemos así, nos da la impresión de que creer es sacrificar la propia vida, renunciar a sí, y entregar la vida en manos de Dios. Por eso, a lo largo de la época moderna ha habido este malentendido tan trágico: *Si se afirma a Dios no se puede afirmar al hombre. Y si se afirma al hombre, parecería que no se puede afirmar a Dios*. Pero no olvidemos que eso es un malentendido porque el hombre no es el dueño de su vida y eso, no porque crea en Dios, sino porque, por su propia condición, el hombre es constitutivamente finito y la vida se encarga de recordárnoslo a cada momento; somos seres contingentes, existimos pero podríamos no existir. El reconocer a Dios no nos expone a la finitud ni a los peligros de la contingencia, al contrario, lo que hace es posibilitar que nuestra finitud se abra a la infinitud de Dios, lo que hace es que la contingencia de nuestro ser encuentre lo que Zubiri llamaba “la realidad fundamental” sobre la que descansa nuestra vida.

Ha sido una descripción de la fe demasiado rápida, pero no dejo de anotar algunos rasgos que me parecen fundamentales.

- El hecho de creer, que parece algo así como “entregar la propia vida” es al mismo tiempo abrirnos a posibilidades que serían para nosotros absolutamente imposibles. Os lo digo con un texto evangélico: A María se le propone que va a ser la madre del Salvador. *¿Cómo puede ser eso, si no conozco varón?*, pregunta. El ángel le dice que mire a su prima Isabel que ha concebido en la ancianidad porque *para Dios no hay nada imposible*. Lo que era imposible se hace posible cuando María dice: *¡Hágase en mí según tu palabra!* Los evangelios dicen después que *todo es posible para el creyente*. Cuando uno ha puesto su confianza en Dios, el infinito de posibilidades de Dios pasa a ser posible también para el hombre.

- Hay algo más en el hecho de creer. Nuestras posibilidades, por muchas que sean, siempre serán posibilidades finitas. Cuando creemos en Dios nuestro horizonte se amplía hasta la infinitud de Dios. Donde lo vemos de la forma más clara es en ese límite infranqueable por nosotros, que es la muerte. Por muchas posibilidades que tengamos, todas limitan con el hecho de la muerte. En cambio, cuando se cree en Dios, la muerte, en lugar de ser el horizonte de nuestra vida, se inscribe en el horizonte de Dios. Cuando decimos “Creo en Dios Padre Creador” podemos decir, “Creo en la resurrección de los muertos”, “Creo en mi propia resurrección”.

- Ya veis que creer no es solamente un acto de la mente que afecta a unas verdades, ni siquiera es un sentimiento intenso de la Presencia de Dios. Creer es comenzar a ser de nuevo. En el discurso de Nicodemo, en el evangelio, Jesús llama a la conversión, “nacer de nuevo”. Creer es existir desde nuevas posibilidades. Cuando se cree así, la fe ya no es algo que tengamos, ni siquiera algo que nosotros realicemos. San Pablo dirá: *Yo vivo de la fe en el Hijo de Dios*. La fe es algo de lo que vivimos. Tolstoi, profeta laico, decía: *La fe hace vivir a los hombres*. Es lo mismo que dice San Pablo. La fe se convierte en un principio de vida para el sujeto, que le otorga posibilidades que por él mismo no podría tener en absoluto.

Podríamos hablar con una imagen. Ser creyente es como injertar nuestra pobre vida con la vida de Cristo, que es la vida de Dios, haciendo posible para nosotros los frutos de Dios

mismo. Algo así dice el Evangelio cuando nos habla de las cosas realmente más propias del cristiano: *Amad a vuestros enemigos; así seréis hijos de vuestro Padre celestial*. Eso sería absolutamente imposible para nosotros, igual que *Perdonad siempre*. Pero es que, si somos hijos del Padre Celestial, “que hace salir el sol para buenos y malos”, la vida de Dios se ha trasladado a nosotros y en nosotros se hace posible lo que de otra manera sería absolutamente imposible.

c. Formas del ejercicio de la fe: *La oración, y la práctica del amor. Ser creyente y ser místico.*

Cuando uno vive de la fe, se transforma la vida entera, porque la fe es algo que hay que vivir, no es algo que se pueda tener, conservar y contentarnos con no perder. Cuando se es creyente, es indispensable ejercer el ser creyente. ¿Cómo ejercitamos el ser creyente?

A mí me enseñaron en “la Doctrina” -que es como llamábamos a la catequesis en mis tiempos- a hacer actos de fe, esperanza y caridad; los que nos lo enseñaban tenían muy buena intención, pero yo creo que la fe, la esperanza y la caridad se pueden ejercer de otra manera: no “hacer actos de fe, esperanza y caridad”, sino “ejercitando la fe”, “ejercitando la esperanza” y “ejercitando la caridad”. ¿Cómo podemos hacerlo?

Si se vive de la fe, transforma toda la vida y se ejercita a través de la vida toda. Pero necesita de actos peculiares para que el hombre pueda ponerla en práctica de manera efectiva. Se han señalado fundamentalmente unos pocos a los que aludo.

- El primer acto en el que se ha visto la posibilidad de ejercitar la fe es en la oración. Los antiguos decían que la oración era la puesta en ejercicio de la fe. Y es verdad; uno no ora si no es creyente, aunque habría que decir como Kierkegaard, con mucha gracia y con mucha razón a la vez: *Es verdad que la oración es hija de la fe, pero a veces las hijas tienen que alimentar a las madres*. Éste sería uno de los casos; la oración, a veces, alimenta a la fe. En el evangelio escuchamos decir “Señor, aumenta mi fe”, “Señor que tenga fe”.

En todo caso, la oración es uno de los caminos más fáciles, frecuentes y fecundos para la puesta en ejercicio de la fe porque la oración vive de la actitud orante que consiste en vivir toda la vida ante la presencia de Dios, delante de Dios. Cuando uno vive así, si pasa por un mal trago, se queja ante Dios y le pregunta porqué..., si está en un momento feliz, da gracias a Dios y le alaba... De acuerdo con las circunstancias, el creyente pone en ejercicio la fe a través de distintas formas de oración, las cuales, a su vez, van robusteciendo la fe, van haciendo que esa nueva vida crezca en la persona.

- S. Pablo alude a este segundo camino en la carta a los Gálatas cuando dice: *La fe se actúa por el amor*. Si creemos en el Dios que es amor, si creer cristianamente es creer en el amor que Dios nos tiene, naturalmente, amar a los hermanos, es una forma espléndida de poner en ejercicio ese creer en el amor en el que consiste la fe cristiana. Por eso hay místicos que desarrollan la experiencia de Dios a través de la oración, la contemplación –como lo llaman ellos- y hay místicos que desarrollan la fe, la esperanza y el amor, a través de la práctica de la caridad.

- Últimamente se viene ofreciendo como una de las posibilidades de realización de la fe, lo que algunos llaman “mística de ojos abiertos” y, lo que me gusta más llamar, como hace el P. Rahner, “mística de la vida cotidiana”; la experiencia de la fe en el ejercicio de la vida cotidiana.

Os lo digo primero con unas expresiones de un gran filósofo, Zubiri, en un libro que se entiende perfectamente, “El hombre y Dios”. Hablando de la experiencia de Dios dice: *Dios no puede ser objeto de ninguna experiencia humana* –es lo mismo que hemos dicho nosotros al principio, no es objeto de mi pensamiento, ni de mi imaginación, ni de otra facultad humana-. *Pero entonces, ¿cómo puedo hacer la experiencia de Dios?* –se pregunta- *Muy fácil* –dice- *Dios es la realidad fundamental sobre la que descansa nuestra vida. Cuando yo hago la experiencia de estar fundamentado en Dios, estoy haciendo la experiencia de Dios sin convertir a Dios en objeto de ningún acto mío. Cuando yo vivo mi vida con la conciencia de estar fundamentado en Dios, todo lo que hago lo hago desde esa conciencia de estar fundamentado en Él y, a través de todo ello, hago la experiencia de Dios. Por eso* –dice- *comer, reír, llorar, trabajar, tener hijos, educarlos... la vida toda del sujeto, si el sujeto la hace creyentemente, se convierte en medio de la experiencia de Dios.*

El Padre Rahner también había dicho esto de otra manera pero, mucho antes lo habían dicho San Ignacio y también Santa Teresa quien lo condensa en una frase muy conocida *Dios está entre los pucheros*. La frase está inscrita en este contexto: las hermanas tienen que contemplar, por lo tanto tienen que estar dedicadas a la contemplación en perfecto silencio, en perfecta soledad, sin trabajar, porque eso las distrae... ¿Entonces no se puede trabajar? Ella dice que también hay que trabajar, pero que si trabajas desde tu condición de contemplativa, si trabajas para hacer bien a los otros, entonces estás en la cocina trabajando y *entre los pucheros anda Dios...* en tu vida diaria anda Dios también.

Eso sucede en la vida de los contemplativos y en la vida de todos los creyentes cuando los creyentes viven o tratan de vivir su fe.

4. ALGUNAS CONSECUENCIAS DEL HECHO DE CREER:

Damos el paso de creer y la fe produce unos frutos admirables en los que nunca insistiremos bastante. Me voy a fijar solo en dos:

a. Creer ofrece compañía a la radical soledad del ser humano.

Si hay algo que nos aflige, que nos preocupe, que se convierta incluso en una obsesión... sobre todo cuando llegamos hacia ciertas edades, la posible soledad, la soledad completa... “¿qué va a ser de mí, voy a tener con quién estar, con quien comunicarme...?” Tememos la soledad porque estamos hechos para la relación; al principio dijo Dios: *No es bueno que el hombre esté solo*”, y eso es verdad. ¿Nos sacian adecuadamente nuestra necesidad de relación los sujetos humanos? No del todo, porque siempre habrá un momento –además de que pueden fallarnos- en que nuestros brazos, tendidos hacia los otros, o se quedan solos, mientras se alejan los de los seres queridos, o se alejan, dejando solos a los que nos han acompañado. En definitiva, la muerte parece condenar a los mortales la soledad. Dios es alguien que nos asegura la compañía, incluso para la muerte; Dios es quien libera al hombre de esa completa soledad. Lo dijo Unamuno en unos versos preciosos: *Pero Señor, “¡yo soy!” dinos tan solo. / Dinos “¡yo soy!” para que en paz muramos, / no en soledad terrible / sino en tus manos*. Dios es esa compañía que termina no fallando nunca.

b. La alegría de la fe

El último documento importante del Papa, “La alegría del Evangelio” insiste en lo que ahora insistimos mucho todos: “La alegría de la fe” La fe procura una alegría que no procura ninguna otra actividad humana. Lo dejo a vuestra experiencia.

5. CREER Y COMUNICAR LA FE:

a. “Lo que hemos visto y oído no lo podemos callar.

En todos los relatos de su encuentro con el Señor, Pablo recibió, a la vez que la llamada, el envío, la misión a los gentiles, como su tarea propia. Por eso, para él, evangelizar no es gloria ninguna, es una necesidad. La misma que experimentaron los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: *Lo que hemos visto y oído no lo podemos callar*; la que está también en la base del comienzo de la primera carta de Juan: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida... os lo anunciamos*

Así lo entendieron los apóstoles; así lo entendió Pablo. ¿Lo entendemos, lo vivimos así nosotros?

Para ver un desarrollo más amplio y detallado de la conferencia, pueden dirigirse a la dirección de la Web de la Universidad: <http://www.unican.es>

1. Se pulsa en **Universidad de Cantabria** y luego pulsar en **Vida y cultura universitaria** (abajo a la izquierda).
2. Se da en **Índice** (primero izquierda) o en el 2º punto **Campus cultural**.
3. Aparece en primer lugar **Area de aulas de extensión Universitaria**. Se da en **Aula de Estudios sobre la Religión** (la tercera).
4. Luego, pulsar en **Curso de Teología**.
5. Al final, aparecen los Cursos. Ir al **Curso 2013-2014** (en morado).
6. Ir a la conferencia del **día elegido**.
7. Aparecerán en morado todas las conferencias del curso que están incorporadas hasta ese momento.